

# Edith Stein: una mujer de nuestro tiempo

**E**ntre el feminismo reivindicativo y el machismo insultante de «la mujer, en casa y con la pata quebrada», se van abriendo paso incontables mujeres, que descuellan en todos los estratos de la sociedad actual. Uno de los ejemplares que emerge con fuerza en el horizonte de los valores femeninos de nuestro tiempo es, sin duda, la compleja figura de Edith Stein. Juan Pablo II sintetizó certeramente la personalidad de esta mujer, llamándola «judía, filósofa, religiosa y mártir». La autora de este ensayo analiza las cuatro características de esta santa católica hebrea, la primera en subir a los altares desde la época de los apóstoles.

**Matilde Inmaculada Donaire Pozo\***

*«Judía, filósofa, religiosa y mártir, unida a Cristo crucificado, dio su vida por la verdadera paz y por su pueblo. En el campo de exterminio murió como hija de Israel, por la santificación del Hombre» (Juan Pablo II, en la ceremonia de canonización, 16 octubre 1998).*

\* Licenciada en Derecho. Sevilla.

**C**ON esta nueva santa, la primera de origen judío desde los tiempos de los apóstoles, la Iglesia ha introducido en su calendario de conmemoraciones la memoria de la *Shoah* (el Holocausto), que será recordado a partir de ahora y por años venideros el día 9 de agosto.

### Edith Stein, judía

**E**N la vida de Edith, ve el hombre de hoy reflejado su propio destino: con sus revoluciones ideológicas, con su alejamiento de Dios, su ansia de verdad.

El misterio de Dios fue el único sentido de su existencia. Nacida el 12 de octubre de 1891, en Breslau, en el seno de una familia judía de profunda fe y práctica religiosa auténtica, vivió desde pequeña impregnada del espíritu de los salmos y veneración al Dios de Israel.

Su infancia y adolescencia estuvieron marcadas por las extraordinarias cualidades de su madre, magnánima mujer en las adversidades que le tocó vivir y modeladora del espíritu religioso de Edith.

Su inteligencia precoz y su capacidad para retener poesías y cuentos hacían de ella una especie de niña prodigio. Pronto, la niña, vivaz e inquieta, se fue transformando en una muchacha soñadora y taciturna, atraída por una poderosa vida interior y una hipersensibilidad ante hechos cotidianos o frases livianas que pasaban inadvertidas para cualquier persona de su entorno, pero que a ella le producían grandes sufrimientos internos.

Tuvo un interés personal en asistir pronto a la escuela, y con verdadero afán se entregó al estudio y a la lectura.

### Edith Stein, filósofa. Estudios y primera crisis religiosa

**P**OR propia voluntad decide abandonar la escuela a los trece años y su familia, aunque extrañada, aceptó su decisión. Posteriormente dirá que a esa edad perdió su creencia en la existencia de Dios.

Debido a un gran agotamiento físico y psíquico, fue enviada a Hamburgo, a casa de su hermana, a la que ayuda en el cuidado de sus hijos. Pasada esta temporada en la que supera algo sus crisis, decide, siguiendo el consejo de su madre, reanudar sus estudios, dedicándose especialmente al latín y a las matemáticas.

Esta vuelta al estudio conlleva el regreso a un mundo sin Dios, pero sigue en búsqueda de la verdad. Comparte su vida intelectual con las vacaciones en el campo que es donde mejor se encuentra. Se apasiona por los fenómenos de la naturaleza; su espíritu claro, sobrio, objetivo, su realismo absoluto, la predestinaban a ello.

A los veinte años, cuando finaliza su bachillerato y gracias a su madre, obtiene autorización –rara vez concedida en esa época a una mujer– para emprender estudios universitarios e ingresa en 1911 en la Universidad de Breslau. Se matricula en Filología germánica y también en Historia y Psicología, pues desea estudiar a fondo los fundamentos y el sentido de la existencia humana.

Su madre se da cuenta de que Edith se distancia cada vez más del Dios de sus padres. Le seguía acompañando fielmente a la sinagoga pero ella misma confiesa que «le edifica más la piedad de su madre, sumida totalmente en Dios, que la misma celebración litúrgica».

El libro *Estudios sobre Lógica*, de Edmund Husserl, responde plenamente a sus inquietudes sobre la esencia del alma y el sentido de la existencia. Decide entonces dejar su ciudad natal para inscribirse en los cursos de Filosofía y Fenomenología en la Universidad de Gotinga, junto al profesor Husserl, con la esperanza de progresar en su búsqueda de la verdad. Una pasión que le embarga desde su infancia, aunque no admitía ninguna verdad que no pudiera ser demostrada.

Además de filosofía estudia historia y al cabo de un semestre tiene ya decidido el tema de su tesis doctoral: «*En torno al problema del conocimiento intuitivo*». Husserl, el maestro de la «intuición de la esencia», y Ranke, el maestro «del comprender», moldean el alma de Edith, sedienta del ser.

En 1913, Husserl publica «*Ideas relativas a una fenomenología pura y al método fenomenológico*», libro que en algunos pasajes da la impresión de que el maestro se alejaba de su radicalismo y se dirigía hacia el idealismo. En su búsqueda de la verdad, Edith barrunta que en las fronteras de la razón natural comienza un nuevo mundo.

### **La Primera Guerra: la última palabra no la tiene el saber, sino el sacrificio personal de la propia existencia**

CONOCE en Gotinga al fenomenólogo  
Max Scheler, judío converso que predicaba con entusiasmo su convicción

religiosa y las bellezas de las creencias católicas recientemente adquiridas. Asistía a las conferencias nocturnas que Scheler pronunciaba sobre temas religiosos, por ejemplo, la esencia de lo santo; él le enseñó que «sólo la religión hace que el hombre sea hombre», y que «la humildad es el fundamento de la actividad moral».

El redescubrimiento de lo cristiano por parte de Scheler impresiona hondamente a Edith.

Otro joven profesor que le produjo admiración fue Adolf Reinach. Lo que Scheler enseña, lo vive Reinach.

Cuando estalla la guerra casi todos sus compañeros fueron enviados al frente. Edith considera un deber imitarles: interrumpe sus estudios y dirá: «mi vida no me pertenece ya en adelante». Así, en 1915 solicita servir como enfermera en la Cruz Roja.

Enviada a un hospital de contagiosos, rápidamente se hace notar por su disponibilidad y su abnegación. Allí aprende que la última palabra la tiene no el saber, sino el sacrificio personal de la propia existencia.

En 1916, Husserl es nombrado catedrático de la Universidad de Friburgo y elige como ayudante personal a Edith. Ella decide continuar el trabajo sobre su tesis y se doctora poco después. El resultado del examen sobrepasa sus esperanzas, pues obtuvo *summa cum laude*.

### **La sacudida del dolor. Quien busca la verdad busca a Dios, a sabiendas o sin advertirlo**

**A**L final de 1917, su amigo Reinach muere en el campo de batalla. La resignada y sobrenatural actitud de la señora Reinach produce en el alma de Edith una profunda sacudida. Su testimonio de paz y esperanza le transforma. No fue un claro conocimiento sino un contacto con la esencia de la verdad. La fe brilla para ella en el misterio de la Cruz.

En medio de las tinieblas exteriores que le rodean, crecen su valentía y su optimismo, cree en el triunfo de la verdad. Para ella, la salvación vendrá de la resignación y la paciente espera. Hay que soportar la realidad de la vida a pesar de todo. Y manifiesta: «mis ansias de verdad constituyen una única oración».

Edith se retira a Breslau el año 1919 para continuar sus trabajos científicos. Junto a éstos, se interesa por la política y toma en ella parte activa, al

tiempo que enseña privadamente fenomenología y sigue esforzándose por esclarecer sus problemas religiosos. «El que busca la verdad busca a Dios, a sabiendas o sin advertirlo» es una de sus afirmaciones.

### **La verdad que Edith buscaba tenía un nombre y un rostro: Cristo. Su encuentro con la fe**

**D**ESPUÉS de hundirse su fe judaica, Edith había esperado de la ciencia una respuesta a los últimos interrogantes de la vida, pues, a pesar de su nueva experiencia religiosa, pervive en ella la escisión entre conocimiento y voluntad. A través de la fenomenología, que concebía a Dios como la posibilidad objetiva de la trascendencia, Edith había confrontado la cuestión de la fe; así le ocurrió a muchos de los discípulos de Husserl, quien a este respecto decía como *boutade* que «hubiera merecido ser canonizado por la Iglesia católica». De hecho, junto a sus amigos Max Scheler, Adolf Reinach y Hedwig Conrad-Martins, filósofos convertidos hacía poco al cristianismo, Edith Stein descubrió un mundo que ella ignoraba totalmente.

En 1921, Edith pasa una temporada en Bergzabern en casa de sus amigos el matrimonio Conrad-Martins. Durante una noche veraniega en que ellos no están en casa y Edith está sola, escoge para leer un libro de su biblioteca: «*Vida de Santa Teresa de Jesús*». Se embebe en su lectura durante toda la noche y dice para sí: «he aquí la verdad». Esa verdad que ella buscaba tan ardientemente tenía un rostro y un nombre: Cristo.

Los prejuicios metafísicos de Edith, su temor al encuentro definitivo con Dios, se derrumban ante la realidad de que «nadie ha penetrado tanto en las profundidades del alma como aquellos que habían abarcado al mundo con cálido corazón...». La oscuridad de su alma comienza a brillar con la luz que Teresa derrama en ella, y escribe: «el camino de la fe nos conduce más lejos que el del conocimiento filosófico, al Dios personal y próximo, a Aquel que es el todo, el amante, el misericordioso, a una certidumbre que ningún conocimiento natural nos puede dar».

Estudia el Catecismo, compra un misal católico y entra por primera vez en una iglesia de Bergzabern. Después asiste a una misa y al terminar pide al párroco el bautismo, pero éste le convenció de que su deseo era prematuro.

Vuelve a Breslau donde exteriormente su vida sigue su ritmo ordinario: clases, trabajos científicos, etc. Conoce al profesor Schulemann, vicario de la

catedral, al que deja deslumbrado por su saber y al mismo tiempo por su modestia, y a quien habló de sus propósitos religiosos.

El 1 de enero de 1922 recibe el bautismo, cuando tenía treinta y un años. Para ella, este bautismo no significaba renunciar a sus raíces judías sino, al contrario, redescubrirlas. Edith Stein estaba orgullosa de pertenecer a Cristo, no sólo espiritualmente, sino también por la sangre. Siempre estuvo orgullosa de su origen y su bautismo no hizo sino reforzar esa conciencia, haciéndole comprender –bajo una nueva luz– la misión del pueblo judío.

### Edith Stein, una mujer nueva

**E**L bautismo de Edith fue un acontecimiento verdaderamente ecuménico –en el sentido más profundo del término–, porque fue acompañada a la pila bautismal católica por su amiga Hedwig Conrad-Martins, filósofa protestante, y al recibir el bautismo añadió a su hombre los de Teresa y Hedwig, en homenaje a su amiga.

Edith no utilizó el fácil recurso de comunicárselo a su madre por escrito. Arrodiándose ante ella, clavando sus ojos en los de su madre, le dijo con mansedumbre y firmeza: «madre, soy católica». Y aquella mujer fuerte de la Biblia sintió desfallecer sus fuerzas y se echó a llorar. Pero como mujer temerosa de Dios supo ver, sin comprenderlo, el halo de santidad que envolvía a su hija y tuvo que reconocer su impotencia para luchar contra el misterio de la Gracia. Edith, como había hecho hasta entonces, continuó acompañando a su madre a la sinagoga para rezar juntas.

En Spira conoce al Vicario general Schwind, quien se convierte en su director espiritual. Para poder acceder a su deseo de seguir una vida de silencio y recogimiento, se le permite dejar por un tiempo la enseñanza de la filosofía y trabajar en un convento de dominicas como profesora de alemán.

Es entonces cuando comprende hasta qué punto la formación de las jóvenes en Alemania no se corresponde con las exigencias de la época. Durante sus estudios ya había comenzado a reflexionar sobre la situación de la mujer y se había adherido a la «Asociación prusiana por el voto de las mujeres», mayoritariamente socialista. Edith elabora nuevos métodos de educación para integrar más y mejor a la mujer en la sociedad moderna. A través de sus numerosas conferencias aborda varias situaciones humanas bien concretas de la mujer: su lugar en la sociedad y su lugar en la Iglesia, conciliando vida de trabajo y de familia, su deber según la naturaleza y la Gracia, y, por encima de todo, su vocación de amor.

Edith se transforma además en madre espiritual de sus alumnas. Se le conoce en todos los ambientes de los más necesitados, pues para la «Señorita Doctora», como se le llamaba, «el hombre ocupa siempre el primer lugar», y «la necesidad espiritual del prójimo se abre paso a través de todos los mandamientos». Al mismo tiempo, sigue en contacto con sus compañeros de estudio, sin abandonar su interés por la filosofía.

En 1925, el Padre Przywara encarga a Edith la traducción de las «*Questiones disputatae de veritate*» («Las investigaciones sobre la verdad») de Tomás de Aquino. Queda sorprendida por el manantial intelectual de la obra del Aquinate como filósofo y teólogo.

En la primavera de 1928, asiste a las celebraciones de Semana Santa y Pascua en la Abadía benedictina de Beuron. Allí calma su sed de oración: «tenemos necesidad de horas durante las cuales estemos a la escucha, en silencio». El gusto de Edith por la soledad, la absorción interior de Dios, van en aumento. Mientras tanto, su influjo intelectual traspasa las fronteras de Alemania, y a partir de 1929 es invitada a dar conferencias en Zurich, Salzburgo y en distintas ciudades alemanas sobre «el significado de la mujer en la vida actual».

Los años 1930 a 1933 son de gran riqueza intelectual y parece llegar a la cumbre de su carrera científica. Pero sus intentos de conseguir una cátedra en la Universidad de Friburgo o en la de Breslau no dan resultado. Las dificultades no están en el sexo de Edith sino en *su raza*. No se desea que una filósofa judía sea titular de una cátedra, pues una gran pasión antisemita viene ensombreciendo la convivencia en el claustro de profesores.

En la primavera de 1932, quiso entrar en la vida del claustro, pero de nuevo se le rechaza, pues se estima que es más necesario para la Alemania católica su destino en el Instituto Alemán de Pedagogía Científica, de Münster. Allí realiza una maravillosa labor pedagógica pero en todo caso el primer plano para ella lo sigue ocupando el ser humano, no la ciencia.

Con ocasión de la Jornada Anual de la Sociedad Tomista celebrada el 12 de septiembre de 1932 en Juvisy (Francia), conoce al filósofo Jacques Maritain y a su esposa Raïsa. Maritain evocará en estos términos el recuerdo de ese encuentro: «Raïsa y yo no podremos olvidar nunca el ardor, la inteligencia y la pureza que iluminaban el rostro de Edith Stein».

En Münster no tarda Edith en descubrir el «holocausto» que le aguarda. Con secreto horror observa las invectivas contra los judíos; ella misma comienza a sufrir por ello, ya que pierde su trabajo en razón de las medidas tomadas por los nazis. Rehúsa una invitación para ir a América del Sur y se siente libre en adelante para realizar su deseo de entrar en el Carmelo.

## Edith Stein, religiosa carmelita

A sus cuarenta y dos años es presentada ante el locutorio del convento carmelitano de Colonia y es admitida. Antes de ingresar, va a Breslau para informar a su madre de su decisión. Se despiden el 12 de octubre, día de su cumpleaños. Como se celebraba la fiesta judía, la terminación de la Fiesta de los Tabernáculos, Edith quiso pasarlo en la sinagoga juntamente con su madre. Por la noche, en silencio y con la cabeza de su madre sobre su corazón, le consoló en su llanto. Sin pendencia, pero con muy hondo pesar, se somete la familia judía al incomprensible designio de Dios.

El día 14 de octubre de 1933 entra en el Carmelo de Colonia-Lindenthal. Edith escribirá: «al fin se abrió la puerta de la clausura, y yo, con profunda paz, crucé el umbral hacia la casa del Señor».

Para esta mujer, que desde hacía años había sido dueña de sí, obedecer, sujetar el propio juicio al de sus superiores, no era pequeño sacrificio. A pesar de sus mejores deseos, le cuesta asimilar las ceremonias y costumbres domésticas de la vida conventual. Dada su larga actividad intelectual, tiene poca experiencia en los sencillos trabajos más frecuentes en el convento por lo que, humildemente, va haciéndose poco a poco a la sobria vida cotidiana del Carmelo.

## La noche oscura de su martirio como judía

SU tránsito en la vida religiosa hasta la toma del hábito fue un camino difícil, pues sufrió no haber podido vencer la resistencia de su madre, de su familia, respecto de su incorporación a la Orden. Su gran maestro, junto a Teresa de Jesús, fue Juan de la Cruz, con quien comparte el título nobiliario «de la Cruz». Edith no siempre fue llevada por Dios por el camino de la luz, esto es, por el camino del gozo sensible, sino por el de la «noche oscura».

En la radiante fiesta de su toma de hábito, el 15 de abril de 1934, nadie de su familia está presente. Por propia voluntad se llamará en adelante Teresa Benedicta de la Cruz, *la Teresa bendecida desde la Cruz*. El 21 de abril de 1938 hizo su profesión perpetua y, en recuerdo de ese día, dirá con palabras del Cántico Espiritual de San Juan de la Cruz: «en adelante, mi única profesión es la de amar».



A pesar del silencio y de la clausura del Carmelo, Edith seguía con indignación los acontecimientos de su tiempo y los sucesos trágicos del nazismo. Quiso emprender una acción en defensa de su pueblo, y pensó incluso en solicitar al Papa una audiencia privada; no tuvo éxito y tuvo que contentarse con dirigir una carta a Pío XI, y seguir esperando que una encíclica produjera un cambio en la actitud del Vaticano. Como respuesta a su carta, recibió una bendición para ella y su familia.

La situación de los judíos era cada día más crítica. En la noche terrible del 8 al 9 de noviembre de 1938 culminaron las atrocidades cometidas por las escuadras del partido nacionalsocialista. Miles de indefensos ciudadanos judíos son expulsados de sus casas y torturados, y por todas partes ardieron las sinagogas. En sus cartas, Edith se muestra cada vez más preocupada por el destino de su pueblo, viviendo ya intensamente lo que llamará «la Ciencia de la Cruz».

Comprende que no puede permanecer más tiempo en el Carmelo de Colonia y acepta agradecida la invitación para refugiarse en el de Echt, en Holanda.

En 1941, la Superiora del convento le encarga un estudio sobre la obra de San Juan de la Cruz. Junto con las clases de latín y la preocupación para entrar en la Orden del Carmelo de su hermana Rosa (bautizada en 1936, y única de su familia que le había seguido en la conversión), comienza a trabajar en esta obra que, según sus propias manifestaciones, le llena de felicidad durante los últimos nueve meses de su vida.

Le impresiona especialmente, y así lo comenta, el pequeño dibujo de la Cruz realizado por el Santo en una hojita de sólo unos centímetros. «El cuerpo doblegado hacia adelante apenas toca el madero, los brazos sostenidos por burdos clavos, las rodillas arqueadas hacia adelante, los pies están sobre el travesaño, como en actitud de echarse a volar. La figura, sumamente tensa, está inundada por la virtud de la resurrección, el rostro del Salvador está más allá de todos los dolores». Con magistral intuición, no sólo expone la doctrina de San Juan de la Cruz sino que la incorpora a su propia experiencia.

Pero la situación no cesa de agravarse igualmente en Holanda ya que, con el desarrollo de la guerra, la persecución sistemática de los judíos adquiere dimensiones europeas. El 26 de julio de 1942, en un telegrama dirigido al Comisario del Reich, Seyss-Inquart, los obispos holandeses toman posición contra esta persecución, que condenan firmemente.

Sor Benedicta emprende las diligencias necesarias para ser admitida con su hermana Rosa en el Carmelo de Pâquier, en Suiza; pero no lo consigue debido a la lentitud administrativa. En aquel convento sólo pueden admitir

a una religiosa, y deciden buscar otro alojamiento para su hermana. Entre tanto, la situación es cada vez más crítica. Según todos los testimonios de sus hermanas en el Carmelo, Sor Benedicta mantiene imperturbable su serenidad y paz espiritual. Sólo le preocupa el estudio sobre San Juan de la Cruz que le había sido encomendado y poder culminar su obra «La Ciencia de la Cruz».

El 28 de julio les llega la terrible noticia de que sus hermanos residentes en Breslau han sido conducidos al campo de concentración de Theresienstadt.

De pronto, a las cinco de la tarde del 2 de agosto de 1942, dos oficiales de la Gestapo llaman al convento. Era la hora de la meditación. Edith había pasado el día en oración y revisando su manuscrito —todavía incompleto— sobre la vida de San Juan de la Cruz.

Preguntan a la Superiora por Sor Benedicta, a quien los oficiales de la Gestapo intimidan enérgicamente para que salga con ellos. «Será cosa de cinco minutos», le dicen y, ante la resistencia de las monjas, amenazan con tomar represalias sobre el convento. Entonces, Edith y su hermana comprenden que han de salir y se despiden dolorosamente de las monjas de la comunidad:

*«Nosotras vamos a sacrificarnos por nuestro pueblo».*

*«Al final, no quedará otra cosa sino el amor».*

Muchos holandeses, indignados ante este nuevo acto de violencia, se habían concentrado ante la puerta del convento. Cuando Edith lo abandona, cogiendo de la mano a su hermana Rosa, alguien le oye decir: *«ven, nosotras vamos a sacrificarnos por nuestro Pueblo».*

Durante cinco días permanecen en el campo de concentración de Amersfort. Según testimonios de algunos de los supervivientes, la miseria en este campo era indescriptible, en especial la penosa situación de las mujeres y los niños. Sor Benedicta abogó valerosamente por ellos.

Allí se encuentra con numerosos religiosos y religiosas, y con algunas amigas judías huidas de Alemania. Todos coinciden en que siempre mantuvo un pacífico silencio y que su semblante demostraba que sentía aflicción en su interior, pero no miedo. Alguien comentó que arrastraba tal cúmulo de sufrimientos por los demás que parecía «una *Pietà* sin Cristo». Todos los testigos de aquellos días coinciden además en subrayar el desvelo y la dedicación de Sor Benedicta hacia los niños desvalidos y hacia las madres enloquecidas de dolor. Con enorme ternura, cuida también de su hermana Rosa.

En la noche del 3 al 4 de agosto, un elevado número de prisioneros es

conducido en un tren con las ventanillas tapadas hacia otro campo de concentración situado más al norte de Holanda, el de Westerbork.

El 5 de agosto, a través del Consejo Judío llega una comunicación al convento de Echt pidiendo mantas, medicamentos, etc. Dos valerosas personas llevan estas cosas hasta el campo de concentración.

Pero el día siguiente comienza para los judíos el último día en ese campo. Dan permiso a los detenidos para escribir unas cartas, y Sor Benedicta escribe su última carta en dos hojitas de un calendario. En ella expresa sus deseos y cuidados para su hermana Rosa.

Dos emisarios del pueblo de Echt, gracias a la bondad de los policías holandeses, logran entrar en el campo de concentración para entregarles algunas ropas y enseres de parte de las monjas del convento. Ellos dejaron constancia del encuentro con Sor Benedicta, tan lleno de emoción. Por encima de todo, se muestra tranquila y serena, y les relataba con tristeza las terribles torturas de los detenidos, silenciando las sufridas por ella.

En el infierno de Westerbork vivió por unos días, habló y oró como una santa. Eso era ella realmente. Allí dijo que «el mundo se compone de contrastes...; al final nada quedará de ellos. No quedará otra cosa sino el amor».

En la noche del jueves al viernes, el 7 de agosto de 1942, los prisioneros son deportados a Auschwitz-Birkenau, en Polonia. Empieza ya el camino de la muerte. Los mismos enemigos de la Cruz se encargan de abrir de par en par las puertas de la Verdad eterna a aquella gran buscadora de la verdad.

Con toda probabilidad, Edith Stein –Sor Benedicta– y su hermana murieron en la cámara de gas el 9 de agosto de 1942, inmediatamente después de su llegada al campo de exterminio de Auschwitz.

Nos quedó el testimonio irreductible de su vida y de su muerte. En ellas está bien presente el texto del apóstol Mateo: «¡Qué estrecha es la puerta y qué angosta la senda que lleva a la Vida y cuán pocos los que dan con ella» (Mt 7, 14). Y también su estremecedor poema, reflejo de la paz que le envolvió durante los últimos días de su existencia, que debe permanecer en el recuerdo para consuelo de tantos:

«Bendito el corazón afligido  
de aquellos que sufren,  
la soledad agobiante  
de los hombres,  
el estar sin reposo,  
el sufrimiento que nadie  
se atrevería a confiar  
a otro.

Nunca jamás Tú me has quitado  
la tristeza.  
Ésta pasa a veces fuertemente  
sobre mí.  
Dame Tú la fuerza  
para que yo pueda soportarla.  
Bendice ahora mi sueño.  
Acuérdate de lo que Tu Hijo  
ha soportado en la angustia de la muerte.  
Da la paz a todos los muertos.»

Pero el caos de la guerra continúa por toda Europa. Las religiosas del Carmelo de Echt tienen que huir a Herkenbosch. Con grandes dificultades, consiguen llevarse en sacos los escritos inéditos de Sor Benedicta. Al final de la guerra, entre los escombros del convento de Herkenbosch, son recuperados y reconstruidos científicamente gran parte de sus manuscritos.

Rápidamente se comprendió que Alemania tenía en la persona de Edith Stein una de sus más eminentes figuras femeninas, y que su vida y su muerte no podrían ser olvidadas. En la ciudad universitaria de Tubinga fue fundado en 1978 el primer Carmelo «Edith Stein». En esa ciudad, en la que se ama y practica la exégesis teológica, era lógico crear un lugar de oración y de meditación.

El 4 de enero de 1962, durante el pontificado del santo Papa Juan XXIII, y como un testimonio más de su preocupación y atención a todo lo que supuso el Holocausto, se inició solemnemente el proceso de beatificación de Sor Teresa Benedicta de la Cruz, Edith Sten. El 11 de octubre de 1998, el Papa Juan Pablo II, otro abanderado de la reconciliación entre judíos y cristianos, culmina el proceso de canonización.